tares. Evidentemente aquí también, una vez más, las envidias y los enconos personales entre sus más altos dirigentes marcaban —y seguirían marcando con fatídicos resultados en la mayoría de los casos— el devenir de las fuerzas liberales insurgentes.

Mientras tanto, la expedición entró en un período de poca actividad que le permitía a sus integrantes algunas distracciones. Durante ese tiempo de relativo reposo, Temístocles Díaz, «que fue un espíritu selecto, ideó y con la laboriosidad que lo distinguía», elaboró una clave de signos para usarla en la correspondencia de la campaña, «la misma que dada a conocer en otros campamentos liberales, se aprovechó con buen suceso».[14]

Don Domingo preso en Panamá

Entretanto, en la ciudad de Panamá don Domingo Díaz había sido detenido por los esbirros del Gobierno, junto con otras notables figuras del liberalismo istmeño. El primer dirigente encarcelado lo fue Manuel Antonio Noriega, seguido pronto por Juan N. Caicedo y Harmodio Arosemena (*Moyo*) y luego por muchos otros que llenaron un extenso salón del Cuartel de las Monjas destinado a los presos políticos.

Allí Noriega comenzó a sufrir una fuerte bronquitis (enfermedad que había adquirido en Bogotá durante la guerra civil de 1876). Cuando sus compañeros de prisión advirtieron sus fuertes ahogos, resolvieron dirigirle una nota al jefe civil y militar del departamento, José María Campo Serrano, solicitándole permitiera que Noriega fuera a curarse en su casa, ya que en la cárcel corría serio peligro de perecer. Encabezaban la solicitud Pablo Arosemena, Domingo Díaz y Carlos A. Mendoza, la que fue favorablemente atendida, previo otorgamiento de una fianza de $1.000 como garantía del regreso a la cárcel tan pronto como la salud de Noriega se restableciera.

Aproximadamente a fines de diciembre, al suponer el Gobierno

nacional que la revolución había sido dominada, puso en libertad a todos los presos políticos[15] y don Domingo regresó a su hogar.

La reconquista de Tumaco

Transcurridos varios días del relativo reposo que Temístocles Díaz, Domingo de la Rosa y el resto de las fuerzas liberales disfrutaban en territorio ecuatoriano, en el puerto fluvial de Esmeraldas ancló procedente de Limones la pequeña goleta *Tunguragua*, capitaneada por su dueño, el viejo marino liberal Pioquinto Garcés, quien puso en manos del doctor Chaux unos pliegos enviados por Roberto Payán, en los cuales le informaba que las embarcaciones estaban listas, incluso la *Tunguragua*, en la cual podían avanzar hasta el lugar donde él se encontraba.

En aquel momento, la mayoría de los oficiales liberales que habían abandonado la plaza de Tumaco ante la ofensiva gobiernista, se encontraban diseminados por poblaciones y caseríos ecuatorianos cercanos a la frontera con Colombia. Por ello, los que se habían refugiado en Esmeraldas, ingresaron a la expedición tan pronto como Chaux y su grupo arribaron a esa ciudad a bordo de la pequeña flotilla; y luego otros, provenientes de La Tola, Limones y otros sitios cercanos.

Continuaron entonces la travesía «por dentro»; es decir, entre una serie de islitas que durante las altas mareas son navegables por pequeñas embarcaciones, con el fin de ocultar su marcha ante la posible aparición de la gobiernista cañonera *Boyacá*. El general Vicente Micolta C., comandante de las fuerzas del Gobierno estacionadas en Tumaco, tenía guarnecidos varios caseríos aledaños. Y para llegar a la ansiada presa había que pasar por El Pindo, isla colocada al fondo de Tumaco, y paso obligado para llegar al cercano campo donde se podía luchar por la posesión de esa plaza. Tal era, en síntesis, la situación que tenían que violentar.

Hasta ese día la expedición se componía de jefes y oficiales «en

potencia», pues de los copartidarios que en Esmeraldas y en el mismo Limones voluntariamente solicitaron que se les enrolara como soldados, apenas se admitieron a los que se destinaron al servicio de espionaje. A los restantes, se les ordenó que se infiltraran «en el suelo patrio» a informar a los copartidarios el próximo arribo de la expedición a fin de que concurrieran a tomar las armas.

Demoraron en Limones dos o tres días más, y «alegres, entusiastas, optimistas, animados por un noble sentimiento de compañerismo», emprendieron la marcha hacia el caserío de Pianguapí, a donde llegaron sin novedad. Desde ese lugar divisaron a Casas Viejas, pequeña población colombiana ocupada por fuerzas del Gobierno.

Atacar esa población sin un plan que asegurase el buen éxito, habría sido imperdonable. En esas estaban, cuando el servicio de espionaje trajo la buena e inesperada nueva de que el enemigo se había retirado de esa posición, e inmediatamente las fuerzas de Chaux la ocuparon. Las tropas nacionales se habían retirado primero a El Congal, con el propósito de hacerse fuertes en ese lugar; pero luego siguieron a El Descolgadero, llave de la plaza de Tumaco.

Las labores desplegadas por entusiastas copartidarios que se habían infiltrado en tierra colombiana para difundir la noticia de la llegada de la expedición, pronto comenzaron a dar sus frutos, pues numerosos voluntarios arribaron al lugar donde acampaba la expedición para sumarse a ella, lo que les permitió en pocos días reunir tropa suficiente.

En cuanto al escalafón de jefes y oficiales, virtualmente estaba formado de antemano, y fue ese el que apareció en la orden general firmada por el general Chaux, en el que figuraban —entre varios otros— como jefe de Estado Mayor el coronel Eladio Pérez R., el sargento mayor Temístocles Díaz como ayudante del comandante en jefe y el capitán Domingo S. de la Rosa como ayudante de la Comandancia en Jefe. Y organizados los primeros batallones se procedió a darles instrucción militar.

Pocos días después las fuerzas del Gobierno abandonaron El Descolgadero, lo que hizo sospechar que habían optado por hacerse fuertes en Tumaco. Sin embargo, existía la amenaza de que las que ocupaban a Barbacoas atacaran a los liberales por la retaguardia. En consecuencia, resuelto y acordado el asalto a esa posición, el combate duró pocas horas y los hombres de Chaux tomaron varios prisioneros.

En ese enfrentamiento —afirma De la Rosa—, «el entonces sargento mayor Temístocles Díaz dio muestras de su espíritu varonil, cuando en actitud serena y valerosa, en un bote, en medio de las balas, fue a hacer cumplir la orden de 'cesar los fuegos' que se había dado y que no habían atendido nuestros soldados. Rápidamente regresó al ejército, mas tuvo un encuentro con tropas enemigas al mando del general Vicente Micolta C., comandante en jefe de la plaza de Tumaco, con resultado favorable para los nuestros, pues dicho general se vio obligado a refugiarse en los cuarteles de donde había salido...».[16]

Por esos mismos días De la Rosa salió de Cabomanglares para Guayaquil a cumplir una comisión encomendada por el general Chaux. Cuando regresó, Tumaco ya estaba ocupado por el ejército liberal, porque los gobiernistas lo habían abandonado para refugiarse en la isla de El Morro, que domina la bahía y el frente de la ciudad de Tumaco.

Dada la situación especial de esa plaza y los medios de que los revolucionarios disponían para movilizar la tropa —que no eran otros que embarcaciones menores impulsadas con remos y palancas— se dispuso que el asalto a El Morro se llevara a cabo desde la isla de El Pindo, tan pronto como empezara el reflujo del mar e ir avanzando a la par del descenso de las aguas, para poder cruzar el lecho o madre del canal, que separa las dos costas vecinas entre sí, y vencer a sus enemigos en sus propios campamentos.

Al respecto, De la Rosa recuerda: «Obrando dentro de esas instrucciones, nuestras tropas con ardor y entusiasmo rompieron los fuegos contra los contrarios, que correspondieron al ataque con igual de-

nuedo. Para alcanzar el triunfo que se perseguía, precisaba, de nuestra parte, entablar la lucha cuerpo a cuerpo; mas a esa finalidad no se podía llegar sino andando con alguna celeridad, a que se oponía la baja marea, pues como es sabido, ese fenómeno se efectúa lenta, muy lentamente. Tal dificultad, sin contar las otras que de por sí surgen en las contiendas armadas, impidió que el combate rindiera el resultado deseado, porque sobrevino la creciente de la marea antes de que se hubiera llegado a la orilla en donde se pensaba batir a los contrarios. El movimiento ascendente de las aguas impuso el retroceso al punto de partida y, doloroso es recordarlo, fueron arrastrados por las olas —no hubo tiempo para recogerlos— los cadáveres de algunos de los nuestros que valerosamente perdieron la vida en esa jornada, de la cual no salieron mejor librados los adversarios, como que también tuvieron muchas bajas...».[17]

En las mismas condiciones y casi con los mismos resultados anteriores se repitió pocos días después el ataque contra la fuerza que defendía la plaza de Tumaco; pero el ejército nacional, finalizado el último encuentro, aunque los liberales no habían podido arrollarlo, inesperadamente abandonó sus posiciones y se refugió en la isla de El Morro.

«Sin dilación se dieron los toques de marcha reglamentarios y entre delirantes aclamaciones de multitud de personas que no cesaban de dar vivas al Partido Liberal, al compás de alegres dianas de las trompetas de guerra, fue ocupada la plaza de Tumaco».[18]

Nuevos ascensos y misiones especiales

Con antelación a los últimos hechos de armas, los generales José Antonio Ramírez Uribe y Julio Plaza habían sido reconocidos como jefe de Estado Mayor y general de brigada, respectivamente. Vino enseguida la reorganización del ejército revolucionario, y en la orden general correspondiente aparecieron varios ascensos, entre los que fi-

guraban Temístocles Díaz, promovido al grado de teniente coronel y Domingo S. de la Rosa a sargento mayor. Por su parte, el general Chaux, que había asumido las funciones de jefe civil y militar de la Costa del Pacífico, implantó en la ciudad un gobierno esencialmente militar.

Con el paso de los días, por la escasez de armas y de otros elementos, las fuerzas liberales permanecieron estacionarias en esa plaza; fuera de ella se habían establecido algunas guarniciones, siendo la más importante por su posición estratégica, y de consiguiente la más numerosa, la correspondiente a la isla del Gallo y Salahonda. En atención a estas circunstancias, se dispuso reforzarla y De la Rosa fue elegido para comandarla. Con motivo de esta designación y de otras destinaciones de algunos oficiales para otros cargos, se decretaron nuevos ascensos entre los cuales figuraron Temístocles Díaz al grado de coronel y Domingo S. de la Rosa al de teniente coronel.

Poco después Díaz fue enviado en comisión a Guayaquil de donde regresó llevando a Tumaco el vaporcito *Ricardo Gaitán Obeso*, armado en guerra y cargado con abundante cantidad de rifles y de cápsulas, y artillería de montaña con suficiente dotación de granadas. Entretanto, Chaux había dispuesto abrir operaciones para rescatar a Guapí, en poder de las tropas del Gobierno.

Con ese propósito, pronto se unió a De la Rosa el general José Antonio Ramírez Uribe, jefe de las operaciones a desarrollar, siendo inmediatamente reconocido como comandante del batallón *Mosquera;* a su turno, la expedición iría convoyada por el *Gaitancito* a órdenes del coronel Díaz. Reunidos en cumplimiento de ese plan, De la Rosa recuerda:

«De común acuerdo ellos y yo trazamos el derrotero que debíamos seguir, y dadas las órdenes del caso antes de partir, el coronel Temístocles Díaz, mi leal amigo y compañero de todas las épocas, me hizo minucioso recuento de su angustiosa labor para dar cima, como había conseguido, a su delicada misión, de cuyos buenos resultados dependía la suerte de nuestras armas».[19]

Terminados los preparativos para la marcha, embarcaron en el *Ricardo Gaitán Obeso* al general Ramírez Uribe y la plana mayor del batallón *Mosquera*, instalada en embarcaciones menores. En Mosquera, primera población a la que llegaron, De la Rosa tomó el mando de ese batallón. Allí se demoraron un día. Continuaron avanzando y antes de acercarce a Guapí, pasaron por los caseríos de Domingo Ortiz, Amarales y Sanquianga; éste último el más cercano al lugar donde iban a combatir.

En posesión de datos que les servían para preparar el asalto a las fuerzas nacionales de Guapí, abandonaron a Sanquianga con rumbo a aquella plaza. Se establecieron a menos de una jornada del campamento enemigo, con el propósito de pernoctar y tomar las últimas medidas destinadas a comenzar el ataque en las primeras horas de la mañana siguiente. Pocas horas después de repartido el servicio de vigilancia, hasta allí llegaron unos copartidarios lugareños para informarles que durante la noche anterior el batallón que guarnecía a Guapí lo había abandonado, yéndose embarcados en canoas, con el fin de seguir a Buenaventura. Acto seguido, los liberales levantaron su campamento y tras acelerado andar entraron en la plaza en cuestión, donde fueron «recibidos con entusiasmo».

Inmediatamente, tras los huidizos gobiernistas Díaz partió en el *Gaitán Obeso* y a pocas horas de marcha encontró a la goleta *Rosa del Charco*, en momentos en que, a velas desplegadas, trataba de salir al mar y dentro de ella, apiñados los soldados, jefes y oficiales que acababan de desocupar a Guapí.

«El coronel Temístocles Díaz ordenó disparar un cañonazo al aire, a modo de intimación, para que se rindieran. Ello, no obstante, parecía que los de la goleta no se habían dado por notificados de ese elocuente aviso, pero cuando, probablemente, se percibieron de que el artillero cargaba de nuevo su arma, pues a todas éstas se había acortado la distancia entre ambas naves, la *Rosa del Charco* arrió sus velas y, a discreción, se entregaron todos...».[20]

Y mientras que Temístocles con esta captura agregaba a su exitosa hoja de vida militar otra notable y pacífica actuación, en el Istmo tenían lugar importantes acontecimientos...

Expedición de Belisario Porras y encarcelamiento de Domingo Díaz

El 31 de marzo de 1900 del buque *Mosquitoria* desembarcó en Punta Burica la expedición revolucionaria organizada en Nicaragua por Belisario Porras, con el fundamental apoyo del general José Santos Zelaya. Y —como ya dijimos— acompañado por el general Emiliano Herrera, jefe de operaciones militares, y Carlos A. Mendoza y Eusebio A. Morales, secretarios de Gobierno y de Hacienda, respectivamente, de la «Jefatura Civil y Militar del departamento de Panamá» que Porras proclamaba ejercer.

Cuarenta y ocho horas después de conocido en Panamá el desembarco, las autoridades ordenaron la búsqueda y apresamiento de liberales. En la primera redada la policía detuvo cerca de cuarenta [illegible] dos, decentemente tratados por el comandante del cuerpo de apellido Chávez.

Detenido también, Manuel Antonio Noriega remembró: «Del Cuartel de Policía fuimos llevados todos en formación al Cuartel de las Monjas, ocupado por un batallón del que era primer jefe un fanático coronel, de tamaño muy pequeño, que a todos los presos políticos nos trató peor que a prisioneros capturados en combate. El tal coronel hacía formar el batallón en el patio de cuartel, y hallándose él en el centro del patio nos dirigía a los presos los insultos más soeces, amenazándonos con hacernos dar de palos a cualquiera que se atreviera a replicarle. Los presos callábamos, no por temor a que nos hiciera asesinar, sino por evitarnos pasar por la vergüenza de que nos diera de palos el [illegible]

dos para castigarles sus faltas. A don Lino Clemente Herrera, porque se tapó la nariz al entrar al inodoro, lo obligó a que se la destapara y a que permaneciera allí encerrado por un rato oliendo lo que no quería. Sabedor de esto el gobernador nos puso a todos los presos a órdenes del coronel Parada Leal para evitar la inseguridad de nuestras vidas amenazadas».[21]

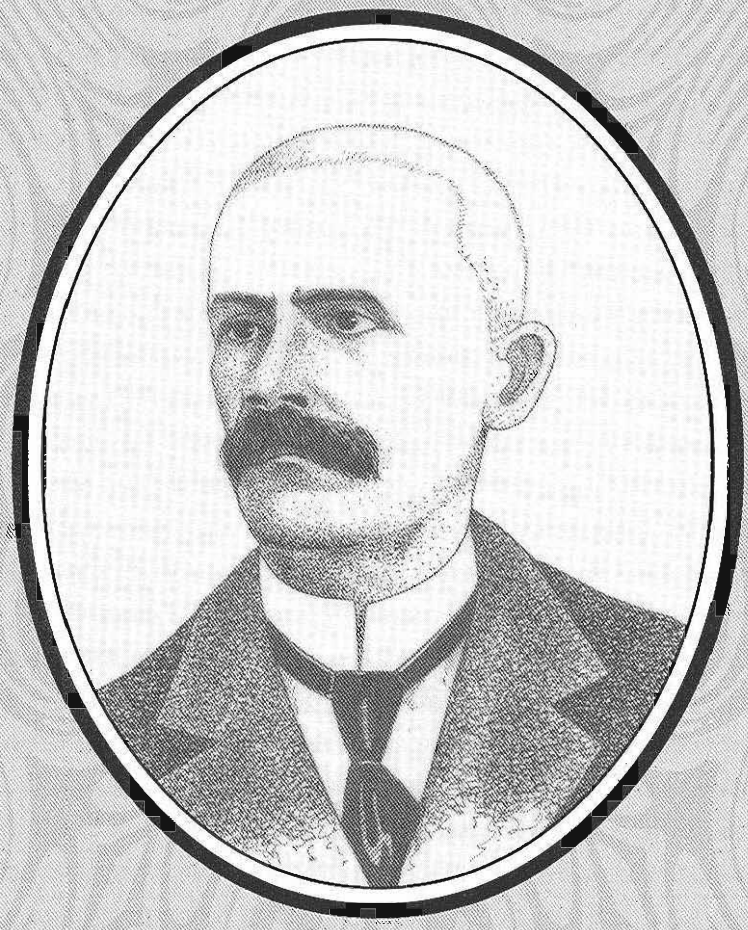
Del Cuartel de las Monjas los trasladaron al salón situado en el piso alto del Cuartel de Chiriquí. Eran unos cuarenta, de los cuales seis fueron llevados a la bóveda llamada 'La Solitaria', dizque por hablar con entera franqueza de la guerra.

«Muy cerca de tal bóveda —continúa Noriega— corrían las aguas inmundas de todos los inodoros del barrio, por lo que allí se respiraba la fetidez de la muerte. En una palabra, nos asfixiábamos. Por nuestra desesperación nos permitimos mandar a llamar al prefecto de la Policía, señor José Dutary Ayala (*Pepe Yuro*), para que se acercara a la reja de la boveda 'La Solitaria', pues los presos necesitábamos hablarle. Cuando se le acercó, por estar cerca del cuartel dicho señor, quien le fue a decir que los presos lo llamábamos, fue a la reja de la bóveda y allí le pedimos que nos hiciera trasladar a otra parte por hacérsenos allí la vida insoportable. Nos contestó que eso no era asunto de su incumbencia y nos volvió la espalda.

«A los tres días se nos sacó de allí para pasarnos al salón del piso alto. De ese salón se nos pasó a las bóvedas mismas de Chiriquí, donde se encontraban 159 presos políticos que, con los que ingresamos, ascendimos a 199».[22]

A renglón seguido, Noriega destaca con evidente respeto:

«El hombre más abnegado y demócrata que estaba preso, contado entre los 199, era el señor general don Domingo Díaz, a quien principalmente le enviaban noticias de la revolución. Supimos por eso que en David triunfaron los liberales el 4 de abril de 1900, y el 8 de junio del mismo año, en Chame».



Manuel Antonio Noriega